

El rey Keikavus y la guerra contra Mazandarán

Autor: Hakim Abolghasem Ferdowsi

Traductora: Dra. Beatriz Salas de Rafiee

Cuando un árbol frutal crece y le ocurre algún percance, sus hojas se marchitan, sus raíces se debilitan, su copa se inclina hacia el suelo. Cuando su pie es arrancado del suelo, cede su lugar a una rama nueva a la que abandona las flores, las hojas y el verdor y esa primavera, semejante a una brillante lámpara. Si entonces, de un buen tronco sale una rama mala, no comiences a hablar mal del troco. Del mismo modo, cuando un padre le deja el imperio del mundo a un hijo y le hace conocer todo aquello que es secreto, si el hijo rechaza la gloria y el renombre de su padre, tenlo por un extraño y no como un hijo. Si él se aparta del camino de su maestro, la vida le traerá desgracias. Esa es la manera en que actúa este viejo mundo, de forma que tú no puedes distinguir nada, si alguien reconoce que va por malos caminos, será mejor que no permanezca mucho tiempo sobre la tierra. Escucha ahora el relato que hago en base a las palabras de un viejo sabio y guárdalos como recuerdo.

Cuando Kavus ocupó el lugar de su padre, y el mundo entero se sometió a él; cuando vio acumulados los tesoros de todas clases, y al mundo esclavo ante su presencia, el collar y el trono, los zarcillos, la corona de oro incrustada de esmeraldas y los caballos árabes con las crines flotando, no reconoció a nadie que se le asemejara.

Ahora bien, llegó un día en que se encontraba bebiendo un delicioso vino en un bosquecillo de rosas adornado de oro. Allí había un trono de oro con las patas de cristal, sobre el que se encontraba sentado el amo del mundo, conversando con los grandes de Irán sobre todos los temas, grandes y pequeños. Él dijo: “¿Quién es el rey del mundo? ¿Quién es digno del trono sino yo mismo? A mí es a quien pertenece el imperio en este mundo, y que nadie se atreva a buscar querrela conmigo”. El rey, bebiendo y hablando de esta manera, los jefes del ejército quedaron sorprendidos.

Durante ese tiempo un Div, disfrazado de cantor, se aproximó al chambelán y solicitó acceso ante el rey en estos términos: “Vengo del país de Mazadarán, soy un cantor de grata voz. Si el rey consiente mis servicios, que me permita el acceso a su trono.” El chambelán entró, se presentó respetuosamente ante el rey y le anunció que había un cantor a la puerta, sosteniendo una lira y cantando con una suave voz. Kavus ordenó que lo hicieran entrar y que lo colocaran cerca de los músicos. Él tocó la lira de un modo conveniente y después cantó una canción de Mazadarán.

“Que Mazadarán, mi país sea celebrado: que sus llanuras y sus campiñas siempre sean cultivadas. La rosa no cesa de florecer en sus jardines y el tulipán y Jacinto, crecen en sus montañas. El aire suave y la tierra están pintados de flores. No hace frío ni calor; reina una eterna primavera. El ruiseñor canta en sus jardines, la cierva que vaga en sus valles, no se cansan de

volar y de correr. Durante todo el año, todos los lugares están llenos de perfumes y de colores. Tú dirías que en sus ríos corre un agua de rosas que alegra el alma con su olor. Ya sea el mes de Dei o el de Bahman, el mes de Azar o el mes de Farvadin, siempre ves la tierra cubierta de tulipanes. El borde de los arroyos sonríe todo el año; por doquier los halcones de caza están trabajando. Todo el país está adornado de oro, de brocados y joyas; las esclavas, bellas como ídolos, llevan coronas de oro y grandes cinturones de oro. Cualquiera que viva en ese país, no puede sino alegrarse de haber realizado el deseo de su alma y de su corazón.”

Cuando Kavus hubo oído esta canción, concibió un plan nuevo y su corazón, ardiente de batalla, se ligó a la idea de llevar su ejército al país de Mazadarán. El dirigió la palabra de este modo a los valientes guerreros: “Nos hemos entregado a los festines, pero si el valiente se deja llevar por la pereza, nunca más se cansará de la apatía y del descanso. Yo supero a Yamshid a Zahak y a Keigobad por mi gran suerte, por mi esplendor y por mi cuna. Es necesario, entonces, que yo los supere en proezas, ya que conviene al que lleva la corona buscar la posesión del mundo.” Cuando los grandes oyeron estas palabras, ninguno de ellos aprobó el proyecto del rey. Todos palidecieron, y sus frentes se llenaron de arrugas, ya que ninguno tenía deseos de combatir a los Divs. Nadie se atrevió a responder abiertamente pero, sus corazones se llenaron de preocupaciones, y sus bocas de suspiros. Tus, Gudarz, Keshvan y guiv, Jorrad, Gorguin, y Bahrrame Niv, los valientes, dijeron en alta voz: “Todos somos tus súbditos y no marchamos sino bajo tus órdenes.” Pero, seguidamente, se reunieron y aliviaron sus corazones del dolor que les había causado esas palabras. Se sentaron y se hablaban unos a otros diciendo: “¡Que desgracia le ha caído a nuestra suerte! Si bebiendo el rey no olvida las palabras que ha pronunciado, todos estamos perdidos, nosotros y el país de Irán; no quedará en los campos ni tierra ni agua. Yamshid, que era dueño del trono y del anillo, y a quien los Divs, los pájaros y los Paris obedecían, jamás se atrevió a hablar de Mazadarán, ni buscar la guerra con los Divs; y Fereidun, conocedor del saber y de la habilidad de las artes mágicas, jamás alentó un deseo semejante.

Si era una carga que podía ser soportada a fuerza de valentía y de renombre, de tesoros y de gloria, Manuchehr hubiera pensado en esa empresa y no hubiera renunciado a ese deseo. Hay que encontrar un medio para apartar a Irán de esta desgracia.”

Entonces Tus, dirigiéndose a los grandes, les dijo: “¡Oh vosotros, jefes llenos de valentía, que habéis visto innumerables combates! No hay sino un solo remedio contra este encantamiento; pongámoslo en obra, no es difícil. Hay que enviar un dromedario de carreras a Zal, el hijo de Sam para hacerle saber lo que ocurre: Aun cuando tu cabeza esté cubierta de polvo, no te tomes el tiempo de lavarla; decídetelo al instante y ven. Pueda ser que Zal le dé un sabio consejo, que toque el corazón del poderoso rey, y le diga que ha sido Ahriman quien ha sugerido este proyecto y que nunca hay que abrirles las puertas a los Divs. Pueda ser que Zal haga que se retracte de sus palabras; de lo contrario, estamos perdidos todos, grandes y pequeños.” Habiendo considerado la cuestión de este modo y en todos sus aspectos, expidieron un dromedario de carrera. El mensajero se lanzó y corrió hasta que hubo llegado a Nimruz y cuando hubo llegado ante Zal, la luz del mundo, le dijo en nombre de los grandes: “¡Oh glorioso y noble hijo de Sam, ha ocurrido algo sorprendente, del que el espíritu no puede medir el alcance. Si no te prestas para frenarlo, no

nos quedará ni tierra ni pueblo. Un pensamiento ha crecido en el corazón del rey y Ahriman, lo ha desviado del camino recto.”

Él no quiere unirse a los trabajos realizados por sus antepasados en la antigüedad. Él disipa un tesoro que no se esforzó en amansar y desea el trono de Mazadarán. Si tardas, aunque sea un instante, en venir, el rey saldrá sin demora y echará al viento todo lo que tú has hecho y sufrido desde el comienzo con Keigobad, cuando estabais unidos para el combate, como leones, tú y Rostam el león, quien jamás tomó leche. Todo esto se ha convertido como el viento ante tus ojos, ya que atormenta su alma librada a malos pensamientos.”

Zal, habiendo oído estas palabras, se retorció de dolor al pensar que todas las hojas del árbol de los Keianidas estaban marchitas y dijo: “Kavus es un hombre obstinado que todavía no ha experimentado ni el calor ni el frío del mundo. Es necesario que los años, soles y lunas pasen por encima de aquél que deba reinar sobre la tierra. Él piensa que todos, grandes y pequeños, tiemblan ante su espada, y no habrá que sorprenderse si no quiere darme crédito y si se resiste a escucharme. Pero, aunque prefiera el descanso de mi corazón a este penoso deber, si arrancara de mi alma toda preocupación que ataña al rey, ni Dios el Creador, ni el rey, ni los alientes de Irán me aprobarían. Iré y le daré los mejores consejos que puedan darse; y si se deja persuadir por mí, encontrará el beneficio. Sin embargo, si insiste, el camino está abierto y Rostam acompañará a su ejército.” Él pasó esa larga noche meditando, y cuando el sol hubo mostrado su corona en lo alto del cielo, se preparó y se puso en camino hacia la corte del rey, acompañado por los grandes. Tus y Gudarz, Guiv, Bahrrame y Gorguin, los valientes héroes, supieron la noticia de que Zal se aproximaba al país de Irán, y que se veía su estandarte imperial. Los jefes del ejército se adelantaron al príncipe que llevaba la tiara de los Pahlevan. Zal, el hijo de Sam llegó e, inmediatamente, todos pusieron pie en tierra. Los grandes lo saludaron y avanzaron con él hacia la ciudad. Tus le dijo: “¡Oh! Valiente guerrero, has entonces soportado el cansancio de este largo viaje a causa de los grandes de Irán. Has querido librarnos de esta preocupación. También toda nuestra buena voluntad está contigo y nos alegramos de la gloria de tu tierra.” Zal respondió a los grandes: “Todos aquellos a quienes los años han debilitado, se acuerdan de los consejos de los antepasados y, además, el cielo que gira les rendirá justicia.

No hay que negarle nuestro consejo al rey, ya que necesita nuestra opinión. Si él se aparta de las vías de la sabiduría, sentirá arrepentimiento y penas.” Ellos le dijeron de una sola voz: “Estamos contigo y no escucharemos consejo de otra persona que no seas tú.” Seguidamente, todos fueron juntos donde se encontraba el rey y se presentaron ante su trono y su gloriosa corona.

Fuente: “Shahname” –Libro de los Reyes– del gran poeta Ferdowsi
Organización de Publicaciones, Teherán ,2013

Derechos Reservados.
Se permite copiar citando la fuente
Fundación Cultural Oriente
www.islamoriente.com